

servándose ellos la parte mas difícil. Las querellas y divorcios son aquí muy raros, y las costumbres son incomparablemente mejores que las de los mala-yos. Los jóvenes y las doncellas están bastante separados los unos de las otras: ellas duermen en los aposentos; ellos en la veranda ó en la cabaña del jefe. Los dayakes no se mezclan con otros pueblos cuando sus hijas se casan con chinos dejan de pertenecer á la tribu.

Los dayakes no tienen escritura, y segun parece, ni religion tampoco; pero sobre este último punto están las opiniones divididas.

El viajero Temming pretende que tienen una religion que se acerca al fetichismo. El dios *Djath*, dice, gobierna el mundo sublunar, y el dios *Sangjang* reina en el infierno. Los dayakes se representan á estos dioses bajo forma humana, pero invisibles, y los invocan derramando en tierra arroz ó haciendo otros sacrificios. En sus viviendas, añade, suelen hallarse ídolos de palo.

Otros viajeros les atribuyen una especie de panteísmo. A oíros, habria divinidades encima y debajo de la tierra, y una multitud de buenos y malos espíritus, entre los cuales *Budjan-Brani* seria el peor; todas las enfermedades serian efecto de la influencia de los genios malos, á quienes procuran ahuyentar los dayakes gritando y golpeando el gong.

Otros todavía afirman, que los dayakes tienen ideas confusas de un solo dios y de la inmortalidad del alma.

Yo no puedo ni apoyar, ni rebatir estas opiniones; ahora bien, lo que sí aseguraré como cierto, es, que en ninguna de las tribus que he visitado, he visto templos, ni ídolos, ni sacerdotes, ni sacrificios. En ocasion de bodas, nacimientos y defunciones, si se hacen en algunas tribus ciertas ceremonias, pero sin ningun carácter religioso. En estas ocasiones se matan y comen pollos, como tambien cerdos. Para los tratados de paz, se matan cerdos, como ya lo he dicho, pero no se come entonces su carne. Algunas tribus queman sus muertos y guardan sus cenizas en árboles huecos; otros los entierran en parajes casi inaccesibles y con preferencia en las cimas de las montañas; otras los atan á los troncos de los árboles, con los pies hácia arriba y la cabeza hácia abajo.

Pero volvamos á mi viaje.

La posicion de la ciudad de Sintang, es encantadora: sus cabañas están situadas cerca del bello rio Kapuas ó bien ocultos entre los cocoteros y los *pisang* ó plátanos. En el fondo véanse muchas tierras cultivadas, y á una gran distancia se columbran altas montañas, de las cuales la mas elevada podrá tener unos 2,800 metros.

No me fue permitido echar pie á tierra, porque es costumbre permanecer á bordo hasta que el sultan haya designado el alojamiento: al efecto despaché cerca de él á mi criado, vestido de dia de fiesta, con

encargo de entregarle la carta de recomendacion que me habia dado el rajah de Beng-Kallang-Boenot; pero mi embajador volvió con la carta y acompañado de un ministro del sultan, quien me trajo la nueva de que su señor estaba ausente y no volveria hasta la noche ó hasta la mañana siguiente.

El ministro, sin embargo, me condujo á una de las cabañas, donde se me destinó una parte de vivienda: al mismo tiempo me trajo bellos tapices, esteras, almohadas y un klambu.

Por la noche, bien tarde volvió para anunciarme que el sultan estaba de vuelta y que me esperaba por la mañana en el divan. Por fortuna conocia yo ya la lengua china lo bastante para poder comprender lo que se me decia.

En efecto, por la mañana vinieron por mí con una grande y bella barca conducida por veinte remeros. Mi criado envolvió la carta en dos pañuelos de seda y me siguió á la casa de madera del sultan, situada no lejos del rio y donde fui recibida á son de música y con salvas de cañon. El camino desde el rio hasta el divan, distante algunos centenares de pasos estaba cubierto de esteras. El sultan salió á recibirme hasta mitad del camino para hacerme los honores. Conociase el embarazo de aquel escelente hombre, que no sabia como conducirse delante de una europea. Con una gracia verdaderamente cómica, me tendió el extremo de sus dedos, lo que no dejaba de ser una gran osadía, segun las ideas mahometanas. Yo puse tambien el extremo de mis dedos sobre los suyos y balanceándonos, casi danzando fuimos al divan, separado del vestibulo solamente por una balastrada de madera de 2 pies de altura. Allí habia una mesa maciza medio cubierta de una tela de color, una silla y á falta de otra, una caja. El sultan y yo tomamos asiento á la mesa, mientras que el ministro y los grandes del pequeño reino se sentaron en el suelo á lo largo de las paredes. Por fuera se apiñaba y bullia el pueblo, que, como os podeis figurar, estaba curioso de ver una europea.

Mi carta de recomendacion fue presentada en una taza de plata y el portador se hincó de hinojos con los ojos bajos á los pies del sultan, le tomó una mano, se la besó devotamente y le ofreció la taza.

El sultan ordenó al primer ministro tomar la carta de aquella bandeja, abrirla y leerla.

Una carta dirigida al sultan ó á otro gran personaje, debe constar, segun usanza mahometana, de una hoja: no es permitido escribir sino en la primera página; cuando no basta ésta, se añade otra y otra.

Cuando se concluyó la lectura de la carta, se sirvió el refresco: al efecto trajeron un plato para el sultan y todo un cubierto para mí. El refresco se componia de té sin azúcar ni leche, golosinas y frutas servidas en mas de veinte platillos de vidrio, bien la-

brados. Todo el concurso tomó parte en estos postres. Despues de la comida, el sultan me condujo al aposento de las mujeres, quienes tuvieron la atencion de prepararme un sitio distinguido. El sultan me presentó su mujer y sus hijas, verdaderos tipos malayos. Vestidas de sencillos *sarongs* que les subian hasta la mitad del pecho, las primeras diferian, por su porte y por sus rasgos, de una elegante de la misma raza; pero natural de una de las islas orientales de la Sonda, á quien encontré algunos dias despues en Pontianak.

El sultan de Sintang, verdadero déspota, tiene prohibido á sus vasallos tomar mas de una mujer, reservándose el derecho de poligamia para sí solo.

A mí me admiró su solemne recepcion, tanto mas, cuanto que habia sido en parte á la europea y el sultan, segun supe despues, no habia visto nunca europeas. Mi criado me esplicó el enigma. La víspera, cuando él llevó la carta al sultan, este no estaba ausente como se me habia dicho; sino que dió este pretexto para consultar entre tanto á mi criado, no sabiendo de que modo recibirme. El criado le describió las ceremonias que tienen lugar en Sarawak cuando el rajah Brooke vuelve de un viaje, y gracias á esta descripcion fui yo recibida como una soberana. La mesa y la silla fueron improvisadas aquella tarde y la vagilla no era sino la mía, llevada por mi criado.

Al despedirse de mí, me prometió el sultan poner á mi disposicion un *sampan* (barco ancho y corto), para conducirme á Pontianak, y yo lo acepté rogándole me lo enviara por la mañana al salir el sol.

3 de febrero. Inmediatamente, despues de salir el sol, se me anunció la visita del sultan; porque segun sus ideas no era conveniente que él me volviera la visita el mismo dia; pero como yo habia de partir muy temprano, se vió en la necesidad de venir tan de mañana.

Llegó acompañado de su padre, á quien aun no habia visto yo, y de algunos de sus parientes maternos. Las mujeres de los príncipes no pagan las visitas.

El padre del sultan llevaba un gorro y un justillo de brocado de oro: en punto á trajes, estas eran las primeras galas con que veia adornado á un príncipe de Borneo. Aparte de las bellezas ordinarias propias de su raza, este hombre estaba tambien dotado de una papera enorme, la segunda que yo habia visto en toda la isla: la primera de un tamaño menos saliente, adornaba el cuello de la mujer del rajah de Ben-Kallang-Boenot.

Esta distinguida sociedad, no mostraba la mitad de la reserva, de que los corta-cabezas, los dayakes, habian hecho ostentacion: asi que sin escrúpulo ninguno lo abrieron y registraron todo y se lanzaron como fieras sobre mi saco de viaje que por desgracia habia quedado abierto. Yo no tenia bastantes ojos para

guardar todas mis riquezas, especialmente los insectos y reptiles. El padre del sultan acabó por apoderarse de mi saco y su contenido, é indicando con el dedo, el peine, el cepillo de los dientes y el jabon, me preguntó para qué servia aquello, y en virtud de mi esplicacion, la utilidad de tales objetos le pareció tan evidente, que me declaró sin ceremonia que los guardaba para sí. Pero antes que se fuera, yo tambien se los quité sin ningun cumplimiento, dándole en cambio algunas pequeñas imágenes y otras bagatelas.

El viaje de Sintang á Pontianak, se hizo en tres dias y medio sin ningun contratiempo.

En esta capital de una residencia administrativa europea, pude observar un mal mas desastroso por sus resultados, que ninguna de las costumbres crueles ó abyectas que habia visto entre los salvajes dayakes; mal que no se procura desarraigar, y que muy lejos de eso, el gobierno abusa de su influencia para propagarlo: aludo al uso del opio.

Una tarde visité en el kampong chino las seis salas en que se fuma el opio. Los fumadores, sentados ó tendidos en esteras, tenian al lado unas lamparillas para encender sus grandes pipas. Y es, en verdad, muy curiosa la habilidad con que el fumador, ya casi privado, sabe quitar á la hoja á que está pegado el opio, la hebra mas imperceptible.

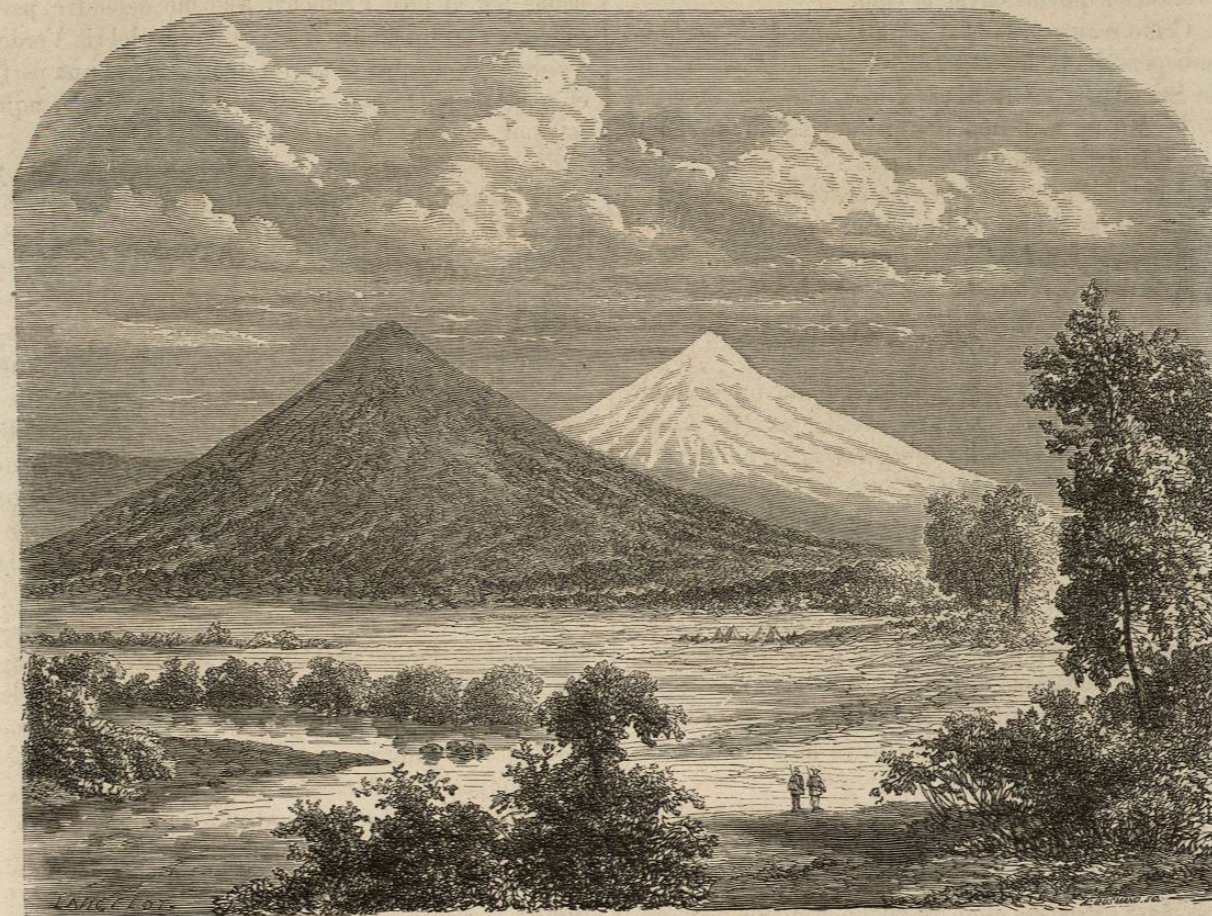
Concíbese sin esfuerzo, que en estos sitios de envenamiento público, se ofrece el espectáculo mas repugnante. Aquí un desgraciado se levanta aturdido y balbuciente, procurando ir á su casa, pero engañado por su deseo, cae sin fuerzas ni sentido ante el umbral de su puerta; allí, tendido otro sobre una estera, ni se halla en estado de pensar en su casa; allá un tercero pálido, de ojos hundidos, de miembros temblorosos, de porte miserable por fumar veneno, hasta perder el conocimiento. En casa de algunos fumadores, el opio produce una alegría extraordinaria; pues hablan y rien hasta que ya desvanecidos caen en sus lechos, donde gozan, al decir de ellos, el inefable placer de ensueños celestiales. Pero lo que hay de mas triste en todo esto es, que aquel ha probado una vez ese veneno, no puede ya pasar sin él. El fumador de opio tiene el cuerpo quebrantado y no puede trabajar, ni es capaz de ningun esfuerzo, mientras que no saca del mismo opio un nuevo estímulo, una vida nueva. Con gran sorpresa encontré en estas casas consagradas al opio, hasta mujeres, que fumaban con tanta pasion como los hombres.

Segun me dijeron, el *picoul* de opio costaba en Singapor 1,200 escudos españoles; pero el gobierno arrienda el derecho de venta á un precio tan elevado que reporta un beneficio de seis á ochocientos por ciento.

La mayor parte de las rentas del gobierno holandes en Borneo, proviene hasta hoy, del arrendamiento de este veneno.—W. DE SUCKAU.



Paisaje y puente de bambú entre los dayakes occidentales.



Pico nevado de Fremont, á la entrada de las Montañas Rocosas.

VIAJE A LA CIUDAD DE LOS SANTOS.

CAPITAL DEL PAIS DE LOS MORMONS.
POR EL CAPITAN RICARDO BURTON.

1860.

I.

De San Luis (Miss ur.) á los desfiladeros de las montañas Rocosas.—Equipaje del viajero.—Caminos del Utah.

Estando en San Luis de América en julio de 1860, resolví ir á las Californias y añadir de camino á la lista de las ciudades santas que ya habia visitado (Menfis, Benares, Jerusalem, la Meca y Roma) el nombre de la Nueva-Sion.

En su virtud tomé por la modesta suma de 175 dolares (unos 950 francos) un billete para la mala del Oeste que sale todos los martes de San José ó sea *San Jo*, como irreverentemente se dice en el pais. Despues me proveí de ciertos artículos como azúcar, té, coñac y tabaco, y modifiqué mi equipaje segun los consejos de las personas mas experimentadas.

TOMO III.

Hice agujerear por el medio un cobertor á fin de poder servirme de él como de un poncho guarneciéndolo en su longitud de botones con sus lazadas correspondientes y añadiéndole, en fin, una correa en sentido opuesto de modo que pudiera servir de portamanteo ó maleta, objeto indispensable desde el ecuador al polo.

Debiera haberme procurado tambien una piel de bisonte para armadura de cama; pero ignoraba que fuera necesaria y al fin tuve que tomarla prestada. Con esto, mi cobertor y un capote arrollado por almohada no hay que temer las malditas camas de las paradas.

Respecto de armas, llevaba dos *revolvers*. Desde *San Jo* ó Sacramento, el viajero no debe dejar la pistola de la mano derecha ni el *bowie* (cuchillo

27